

cífica, semi-violenta. Felipe no tuvo ocasion de mezclarse en ella; la milicia de los jesuitas desempeñó los asuntos del catolicismo mejor que el rey de España con todo su poder.

En otras partes la lucha entre ambas confesiones se resolvía en los campos de batalla. Apénas habian estallado en Francia los primeros disturbios, Felipe II ofreció su apoyo al rey, y en caso necesario á los católicos sin el rey. Este espontáneo auxilio llenó de júbilo al Papa; dijo al embajador de España que tan santa demostracion era propia de un príncipe verdaderamente católico, y que bendecía mil veces á Su Majestad (1). La oferta, sin embargo, no era desinteresada. Por muy católico que fuese Felipe II no era el D. Quijote del catolicismo; corría por sus venas sangre de Fernando I. El calvinismo empezaba á agitar los Países Bajos; si hubiera triunfado en Francia, la Bélgica era perdida para España. Esto es lo que el prudente Granvelle hizo conocer al rey su señor, y la corte de Madrid lo comprendió. «Siendo luterana la Francia, escribe la reina Isabel á Catalina de Médicis, Flándes y España no andarán léjos» (2). El interes de Felipe en sostener el catolicismo en Francia era tan evidente, que puede decirse que su causa se confundía con la de la Iglesia. Bien pronto la extincion probable de la raza de los Valois y el advenimiento de un Borbon hereje darán nueva direccion á la política española. Un calvinista no podia estar á la cabeza de un reino cuyos destinos habian ido unidos durante toda la Edad Media á los de la Iglesia católica. He aquí por qué todas las influencias del catolicismo se unieron contra Enrique IV. El Papa lo excomulgó, lo declaró desposeido de su reino de Navarra é incapaz de poseer la corona de Francia. La fraccion fanática del clero obedeció á la voz de Roma. Una familia intrigante, apoyándose en estas malas pasiones, hizo alianza con Felipe; viéronse franceses que, olvidando sus odios nacionales, dieron la mano á la ambicion española.

Insistiremos sobre este extravío de los católicos ultramontanos; fué necesario un acto poco honroso y poco moral, la abjuracion de Enrique IV, para apagar el fanatismo y para quitar todo pre-

(1) GRANVELLE, *Papeles de Estado*, t. VI, p. 400.

(2) GRANVELLE, *Papeles de Estado*, t. VII, p. 33. — GALLAND, *Pruebas*, página 98.

texto á la intriga. Felipe fracasó en sus proyectos; trató en vano de violentar al Pontificado para impedir la reconciliacion de Enrique IV; el rey de Francia estaba victorioso, y la fuerza tiene siempre un gran prestigio á los ojos de los vicarios de Cristo; tuvieron gran satisfaccion en conservar á costa de una absolucion el reino cristianísimo. Sin embargo, aquel reino cristianísimo no era ya la Francia de San Luis. El santo rey no queria ni áun que se discutiese con un hereje ó con un infiel; una buena lanzada le parecia el mejor argumento contra los que estaban fuera de la Iglesia. Enrique IV reconoció la existencia legal de la herejía y la equiparó por muchos conceptos á la fe ortodoxa. Hasta la antigua religion habia cambiado de naturaleza considerablemente; no era ya el catolicismo romano, sino un catolicismo muy parecido á un cisma; tanto que la Iglesia de Francia se llama galicana para significar su independenciam de Roma. Si Felipe perdió la corona de Francia, tambien el pontificado perdió la Francia.

La pérdida de la Inglaterra fué el golpe más sensible para el Pontificado. En la Edad Media se habia visto á un rey de Inglaterra hacerse vasallo de la Santa Sede, y al soberano usar y abusar de su feudo en provecho del catolicismo. Cuando Lutero se levantó contra Roma, Enrique VIII, príncipe teólogo, tomó la pluma para combatir al monje sajón, y Roma le concedió el título de defensor de la fe. Pero bien pronto la isla de los Bretones proclamó su soberanía religiosa á la par que su independenciam política. La Reforma inglesa, aunque en apariencia ménos radical que la de Lutero y de Calvino, era más peligrosa para Roma y áun para el cristianismo; porque, una vez reconocidas soberanas en el órden religioso, las naciones pueden marchar, bajo la inspiracion de Dios, hácia nuevos destinos. El anglicanismo tenía el poder de una ley; no admitia resistencia, dominaba, oprimia al catolicismo como una rebelion, al paso que en otras partes, y en la patria misma de Lutero, el protestantismo tenía que contentarse con un lugar mucho más modesto y disputado. Para vencer á la Reforma era preciso vencerla en Inglaterra. Pudo creerse por un momento que el medio que habia servido para establecerla serviría tambien para su ruina. María la Sanguinaria se unió con Felipe II, y el Parlamento, dócil á la voz de sus reyes,

restableció el catolicismo. Esta era la primera victoria de Felipe II en favor de la Iglesia; en el concilio de Trento le exaltaron por este inmenso beneficio (1). Pero en el momento mismo en que el rey de España era celebrado como el restaurador de la ortodoxia, la Inglaterra sacudia para siempre el yugo de Roma. Isabel fué para la Reforma lo que Felipe II era para el catolicismo.

La lucha entre el campeón del pasado y el del porvenir era inevitable. Si no estalló inmediatamente, debióse por una parte á la extremada prudencia con que Isabel procedía en todos sus actos, y por otra parte, á los intereses políticos que tenían en jaque el celo religioso de Felipe II; temía, si sostenía el catolicismo, entregar la Inglaterra á la Francia, donde reinaba á la sazón María Estuardo, heredera legítima de ambos reinos (2). La muerte de Francisco II le libertó de estos temores. María Estuardo dejó de ser el instrumento de un partido omnipotente en Francia, para convertirse en bandera del catolicismo, centro de las esperanzas y de las conjuraciones de los enemigos de Isabel. Hemos hablado de la trama urdida contra la reina de Inglaterra por Pío V, secundado por Felipe II. El rey de España tuvo parte muy principal en todas las intrigas, en todos los complots que amenazaron el trono y la vida de Isabel. Pero las conspiraciones fracasaron y dieron la razón al Pontificado, que repetía incesantemente que no había contra la herejía más que un arma, la fuerza declarada. No escasearon los Papas sus excitaciones para mover á Felipe II á la guerra. Entónces fué cuando Isabel se decidió á emplear sangrientas represalias contra la hostilidad permanente de la Europa católica. Después de la ejecución de María Estuardo, Felipe II no vaciló ya; se consideró como el sucesor legítimo de la desgraciada reina de Escocia, y se preparó, de acuerdo con el Papa, á sostener sus derechos y á restablecer el catolicismo en Inglaterra. En otro lugar diremos de qué manera el inmenso armamento que hacía temblar á la Europa se estrelló contra el patriotismo inglés. La destrucción de la Armada salvó á la Reforma, no solamente en Inglaterra, sino en los Países Bajos y en Francia; porque, una vez dueño de la Gran Bretaña, Felipe hubiera caído infalible-

(1) RAYNALDI *Annales*, a. 1563, núm. 96.

(2) GRANVELLE, *Papeles de Estado*, t. VI, p. 152.

mente sobre los hugonotes franceses y los belgas insurrectos. Admiraremos los designios de la Providencia. Los protestantes vieron la mano de Dios en las tempestades que dieron principio á la ruina de la flota española; pero la mano de Dios aparece también en el auxilio que los oscuros insurrectos de los Países Bajos prestaron á Inglaterra; sin los bajeles holandeses que bloquearon al duque de Parma, la flota inglesa hubiera sido destruida. Al luchar contra la Reforma, Felipe II luchaba contra la Providencia; por esto sucumbió en todas partes.

Felipe sucumbió en los Países Bajos, sucumbió en Inglaterra y en Francia. ¿Dirémos, como el galo antiguo, ay de los vencidos? Se debe juzgar á los hombres, no según el resultado de sus esfuerzos, la victoria ó la derrota, sino según los sentimientos que los inspiran, según el fin que se proponen. Felipe II, por más que se empeñen los admiradores fanáticos que encuentra en pleno siglo XIX, no será nunca un héroe de la humanidad; es el defensor ciego del catolicismo, más aún que Carlos V, el representante de lo pasado en lucha con las tendencias del porvenir. Pero, si no es un ángel ni un santo, no es tampoco el demonio que se ha querido hacer de él. Campeón del catolicismo, obró como obraban los campeones del protestantismo. Felipe mismo lo hace notar al responder al rey de Dinamarca que le había propuesto una pacificación, fundada en la concesión de la libertad religiosa: «En todas partes, dice, siguen los príncipes como una regla el no consentir más culto que el que ellos mismos profesan; juzgan que la unidad de creencias es necesaria para el mantenimiento de la religión y para la conservación del Estado. ¿Por qué no me ha de ser permitido esto mismo? ¿Por qué no he de tener el derecho de hacer por la verdadera fe lo que hacen otros por sus falsas doctrinas?» (1). La reina Isabel no era más tolerante que Felipe; si la una ha pasado con gloria á la posteridad y el otro ha sido maldito, es porque la causa de la reina de Inglaterra ha venido á ser la del libre pensamiento, mientras que la causa del rey de España se confunde con el despotismo de la Inquisición.

Sin embargo, aun como defensor del catolicismo, merece Fe-

(1) STRADA, *de bello belgico*, t. II, p. 389.

lipo II una gloria, que solamente pasiones mezquinas podrían disputarle. Ha fracasado, pero también ha triunfado. Si no ha destruido el protestantismo, por lo menos ha contenido sus progresos en los Países Bajos y en Francia. ¿Se le imputará como un crimen el haber obtenido estos resultados por medio de la violencia? Este crimen es el del catolicismo. En vano sería negarlo; la voz de los Papas, esos vicarios infalibles de Dios, clama á todos los príncipes durante la larga lucha de la Iglesia contra los herejes: la guerra es el único medio de extirpar la herejía. Al declararse impotentes para vencer á la Reforma por medio de la libre discusión, los Papas han proclamado la decadencia del cristianismo tradicional. ¿Qué importan los triunfos parciales que alcanzan en el siglo XVI sobre los protestantes? En la esfera del pensamiento las victorias de la fuerza armada no son decisivas. Los enemigos de Roma tenían la costumbre de apelar á un concilio universal; los vencidos en la lucha del catolicismo y del protestantismo pueden apelar al porvenir, á la humanidad, y esta apelación será escuchada pronto ó tarde.

SECCION III.—LA FRANCIA.

§ 1.—Francia en la lucha religiosa.

La España desempeña un papel bien caracterizado en la lucha del catolicismo y de la Reforma. Esto es lo que hace su grandeza en el siglo XVI; tiene su bandera, la de la antigua fe, por la cual no ha dejado de combatir desde que existe. Alrededor de esta bandera reúne todas las fuerzas del catolicismo; las manda y puede decirse que ejerce una especie de dominación universal sobre el mundo católico. La Francia no se decide ni por la antigua religión, á pesar de llamarse el reino cristianísimo, ni por la nueva confesión, á pesar de su genio revolucionario. Enciende ciertamente hogueras contra los innovadores, pero al mismo tiempo los

sostiene en Alemania y en los Países Bajos; uno de sus reyes se titula protector de la libertad germánica, y esta libertad es la del protestantismo. La indecisión entre lo pasado y el porvenir constituye la debilidad de la Francia en el siglo XVI. Se desgarran en espantosas guerras civiles; en cierto momento diríase que va á desaparecer para ser absorbida en la inmensa monarquía católica de Felipe II.

A primera vista admira el papel de la Francia en la lucha que inaugura la era moderna; estamos tan habituados á verle llevar la iniciativa del movimiento, que nos cuesta trabajo el comprender que en el siglo XVI haya vacilado entre el pasado y el porvenir. La Francia era, sin embargo, desde aquella época una de las grandes potencias del mundo occidental. En tiempo de Francisco I, disputó la monarquía universal á la casa de Austria; ¿había de haber bajado viva á la tumba con el rey caballero? No es posible dudar de que haya tenido una misión en la guerra de los dos principios que se disputaban el imperio de la cristiandad, pero es difícil determinarlo. Diríase que la incertidumbre de la Francia se refleja en los historiadores; no están acordes más que para condenarla apasionadamente. Los católicos le imputan como un crimen su política páfida, ortodoxa en apariencia, en realidad favorable á los innovadores (1). Los libres pensadores le guardan rencor, porque no se ha puesto á la cabeza de la revolución (2). Nosotros creemos que estas acusaciones no tienen en cuenta el genio francés ni el espíritu de la Reforma. Si la Francia no abrazó un partido decisivo en la lucha del protestantismo y del catolicismo, es porque en el fondo no era ni protestante ni católica.

La Reforma, inaugurada por Lutero, alemana hasta la médula de los huesos, es esencialmente germánica; ahora bien, lo que caracteriza á la raza alemana es principalmente el espíritu de diversidad; así es que en su origen la Reforma no fué más que una insurrección contra Roma, contra la unidad católica. Por esto mismo la Francia no podía simpatizar con los reformadores, porque su genio es el de la unidad. Desde el siglo XVI tenía por di-

(1) F. SCHLEGEL, *Vorlesungen über die neuere Geschichte* (t. XI, p. 304).

(2) MICHELET, *Historia de Francia*, t. IX, p. 116.